

Baldados de Agua Fría

Santiago Torrijos Pulido

*Abogado Penalista en la firma Mario Iguarán Abogados Asociados
Egresado de la Universidad de Los Andes y del Center for Transnational Legal Studies de la Universidad de Georgetown*

Los golpes a la democracia producen un frío intenso, que hiela los huesos. Sobre todo, cuando vienen acompañados de engaño y mentira. Para nuestros hermanos de Perú y de Nicaragua, esta es la dura realidad que deben afrontar. El invierno de la dictadura no está a la vuelta de la esquina, sino que ya llegó a sus puertas.

Empecemos con el caso de Perú. Pareciera, y hago énfasis en el “pareciera” como contraposición a lo real, que el candidato Castillo fuera un demócrata que, enfrentado a Keiko Fujimori, hubiera ganado la presidencia en franca lid, obteniendo mayoría en las urnas. Entonces, ¿por qué calificarlo de dictador? Hay varias razones. Dictador no es solamente quien desconoce y pasa por encima de los resultados de la votación popular, estableciéndose como la única vía de gobierno de su país. Es dictador, también, aquel que acompaña sus ideas políticas con violencia, con el fin de controlar a la población e instalarse en medio del caos.

A este respecto, Castillo ya ha hecho mención a las llamadas rondas campesinas (la similitud con los colectivos bolivarianos del dictador Maduro es tan solo una “desafortunada” coincidencia). Estas rondas son esquemas de seguridad infra-Estado, diseñados específicamente para reemplazar o suplantar a las fuerzas de seguridad, cuando ellas son incipientes, inútiles o, como en este caso, inconvenientes -al no comulgar con los ideales de extrema izquierda del primer mandatario-.

El “demócrata” ya ha hablado de conformar rondas donde no existen aún, a todo nivel (local y regional). También ha hablado de crear un presupuesto (si es que Castillo sabe lo que significa esta palabra) para armarlas y sostenerlas. Así pues, las rondas de Castillo son una desesperada respuesta frente a la escasa legitimidad con la que cuenta. Al no lograr consolidar un verdadero poder nacional a su cabeza, debido a su escaso respaldo popular comparado con aquel de un presidente en normalidad de condiciones, busca llenar este vacío con el temor y la violencia, a través de la creación de seudoejércitos particulares paralelos, cuyo único efecto es deslegitimar a las verdaderas fuerzas armadas peruanas.

Pero lo peor no es eso: definitivamente, lo más grave es que estas rondas estarán prestas a defender los ideales de Castillo contra viento y marea, aún cuando ello involucre hacer uso de la agresión (física o simbólica) para, por ejemplo, limitar la propiedad privada y buscar amedrentar a los “ricos” del país.

Mención aparte merece Nicaragua, nodo desestabilizante y epicentro generador de vergüenza y congoja para toda la América hispanoparlante. Hace tan solo algunos días, las autoridades de la dictadura nicaragüense detuvieron a la señora Berenice Quezada, candidata a la vicepresidencia, bajo la excusa de que ella, supuestamente, realizaba actos que fomentaban e incitaban al “odio y la violencia”, acciones que encuadran en el tipo penal de provocación, proposición y conspiración de cometer actos terroristas. Ello es irónico, teniendo en cuenta que los responsables de decenas de desapariciones forzadas y de una represión social de escalas épicas son, precisamente, los representantes del gobierno actual de Nicaragua.

Frente a este atentado directo contra la democracia, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos se pronunció, indicando que urgía al Estado de Nicaragua a “liberar de inmediato a las personas detenidas arbitrariamente y restablecer las garantías para el pleno goce de los derechos civiles y políticos”. No obstante, esto no es suficiente en el escenario internacional, empezando porque es bien sabido que la Comisión solamente emite recomendaciones, a las cuales es evidente que el gobierno de Ortega hace y seguirá haciendo oídos sordos.

En este marco, preocupante sin dudas, surgen oportunidades de liderazgo regional para países como Uruguay y Colombia, los cuales, a la cabeza de democracias relativamente estables, a pesar de los embates de los movimientos de inconformismo social propios de la crisis del Covid, pueden (y deben) generar vínculos más estrechos con Estados Unidos y, también, con Canadá, país con el que Latinoamérica no tiene lazos tan fuertes debido a la distancia física, pero que resulta crucial a la hora de asegurar planes panamericanos dirigidos a que cesen los escalofríos producto de los baldados de agua fría de las dictaduras post-chavistas.